

—¡Cómo! ¿nada más?—preguntó en seguida.— Bien hubieras podido guisar un poco de carne... ¿Acaso has tenido que comprarte otras botitas?

Ella balbuceó, sin atreverse á decir la verdad, herida en lo vivo por tamaña injusticia. Pero él, impertérrito, dábale vaya sobre los sueldos que hacía desaparecer para comprarse cosas; y cada vez más excitado, en ese egoísmo de las sensaciones vivas que parecía querer reservar para sí, arrebatóse de repente contra Santiaguito:

—¡Cállate, maldito mocoso! ¡no estás poco cargante!

Santiaguito, olvidando el comer, golpeaba con la cuchara el borde del plato, con risueña mirada, como entusiasmado por aquella musiquita:

—¡Santiago, no seas molesto!—dijo la madre á su vez;—¡deja comer con tranquilidad á tu padre!

Y el pequeño, azorado, muy juicioso de repente, recayó en su taciturna inmovilidad, húmedos los ojos sobre sus patatas, que no siempre comía!

Claudio afectó atracarse de queso, mientras Cristina, desolada, proponía salir á comprar un trozo de carne fiambre á la tienda vecina; mas él rehusaba, reteniéndola con palabras que aumentaban su pesar. Después, cuando estuvo levantada la mesa, y se hallaron los tres en torno de la lámpara para pasar la velada, ella cosiendo, y el chico mudo ante un libro de estampas, estuvo él largo rato golpeando con los dedos la mesa, abstraído, con el pensamiento en el sitio de donde había venido. Bruscamente levantóse; volvió á sentarse con una hoja de papel y un lápiz, y empezó á diseñar rápidos trazos, bajo la claridad redonda y viva que de la pantalla caía. Y este croquis hecho de memoria, en la necesidad creciente que sentía de traducir al exterior el tumulto de ideas que bullían en su crá-

neo, en breve ni bastó para aliviarle. Muy al contrario, hostigábale; y subiéndosele á los labios todo el rumor que en él desbordaba, acabó por deshenchir su cerebro en un mar de palabras. Hasta á las paredes les hubiera hablado; y dirigiase á su pareja, porque allí estaba:

—¡Sí! lo que ayer vimos... ¡oh! ¡soberbio! Allí he pasado ¡hoy tres horas; ya di con ello, sí; algo asombroso, un golpe para demolerlo todo... ¡Mira! me planto bajo el puente, tomo, por primer término, el puerto Saint-Nicolas, con su grúa, sus pinazas, su pueblo de cargadores... ¿Eh? ¿comprendes? Ese es el París que trabaja; mocetones sólidos, con el desnudo de sus pechos y brazos... Después, al otro lado, tengo el baño frío, el París que se divierte, y una barca, sin duda, para ocupar el centro de la composición; pero en cuanto á eso, todavía nada he resuelto, aún he de buscar... Naturalmente, el Sena en medio, ancho, inmenso...

Con su lápiz, á medida que hablaba, iba indicando vigorosamente los contornos, retocando diez veces los trazos presurosos, rasgando el papel, con su exceso de energía. Ella, por complacerle, se inclinaba, afectando escuchar con gran interés sus explicaciones. Pero el croquis se embrollaba en tal madeja de líneas, sobrecargándose con tal confusión de detalles sumarios, que no distinguía nada en él.

—Me sigues, ¿verdad?

—Sí, sí; ¡magnífico!

—Por fin, tengo el fondo; los dos boquetes del río, con los muelles, la Cité triunfal en el centro, elevándose hacia el cielo... ¡Ah! ¡ese fondo! ¡qué prodigio! Le vemos cada día, cruzamos ante él sin detenernos, pero se posesiona de nosotros, nos admira; y la mejor tarde, aparece. Nada en el mundo es más grandioso, es París mismo, glo-

rioso bajo el sol... ¡Vaya! ¿no era yo un zote no fijándome en ello? ¡Cuántas veces pasé por delante sin verlo! Preciso me era caer allí, después de nuestra caminata á lo largo de los muelles... Y debes recordar: en este lado hay un golpe de sombra; el sol, aquí, bate recto; allá, están las torres; la aguja de la Santa Capilla se adelgaza, ligerísima, en el cielo... No, está más á la derecha; voy á mostrártelo...

Y empezó de nuevo, sin cansarse, rehaciendo sin cesar el dibujo, prodigando mil pequeñas notas características que sus ojos de pintor habían retenido: en este punto, el letrero rojo de una tienda lejana, vibrante; más cerca, un trozo verdoso del Sena, donde parecían nadar placas de aceite; y el tono delicado de un árbol, y la escala de los grises para las fachadas, y la cualidad luminosa del cielo. Ella, complaciente, aprobábalo todo, procurando maravillarse.

En tanto, Santiaguito volvía á las andadas. Después de pasar largo rato ensimismado ante su libro, absorto en la contemplación de un grabado que representaba un gato negro, empezó á canturrear una letra de su invención: «¡Ah! gatito mono ¡ah! gatito feo ¡ah! gatito mono y feo» y así hasta lo infinito, con el mismo acento lamentable.

Claudio, irritado por este zumbido, no atinó al principio con la causa, mientras hablaba. Después, la insidiosa frase del muchacho penetró clara en su oído:

—¿Acabarás de cargarnos con tu gatito?—gritó furioso.

—¡Cállate, Santiago, mientras tu padre habla!—replicó Cristina.

—De veras, se está volviendo idiota... Mira esa cabeza, y dime si no es la estampa del idiotismo.

Hay para desesperarse... Contesta: ¿qué demonios quieres decir con tu gatito mono y feo?

El muchacho, pálido, balanceando su enorme cabeza, respondió con aire de estupor:

—¡No sé!

Y, mientras su padre y su madre le contemplaban, desalentados, apoyó una de las mejillas en su libro, sin moverse ni hablar más, con los ojos muy abiertos.

Avanzando la velada, quería Cristina acostarle; mas Claudio había reanudado sus explicaciones. Actualmente, anunciaba que desde la mañana siguiente iría á tomar un croquis del natural, simplemente para fijar sus ideas. Añadió, luego, que compraría un caballete de campaña, gasto soñado desde hacía largos meses. Insistió, habló de dinero. Turbóse ella, acabando por confesarlo todo, su último sueldo comido por la mañana y la bata de seda empeñada para cenar. Y él, entonces, en un arranque de remordimiento y ternura, abrazóla, pidiéndole perdón de sus recientes recriminaciones. Era digno de excusa; á su padre y á su madre hubiera asesinado, como repetía, cuando esa maldita pintura le removía las entrañas. Por otra parte, el Monte de Piedad le dió risa; desafiaba á la miseria.

—¡Cuando te digo que ya está!—gritó.—¡Este cuadro, no lo dudes, es la victoria!

Callaba ella, recordando un encuentro que había tenido al salir del Monte, y que deseaba ocultarle; pero, sin poderlo remediar, habló; el hecho salió de sus labios, sin causa aparente, sin transición, en la especie de entorpecimiento que la dominaba.

—¡La señora Vanzade ha muerto!—dijo.

El quedó asombrado. ¡Ah! ¿de veras? ¿y cómo lo sabía ella?

—He encontrado al antiguo ayuda de cámara... que á estas horas es todo un señor, muy tieso, á pesar de sus setenta años. No le reconocía, y él fué el primero en hablar... Sí; murió hace seis semanas. Sus millones han pasado á los hospicios, salvo una renta, que los dos antiguos sirvientes se están comiendo hoy como buenos burgueses.

El la miró, murmurando al fin con tristeza:

—¡Pobre Cristina! lo has sentido, ¿verdad? Te habría dotado, te habría proporcionado un marido; bien te lo decía yo. Hoy serías su heredera y no te morirías de hambre con un loco de mi calaña.

Mas ella pareció despertar; y aproximando vivamente su silla, cogióle un brazo y se reclinó en su hombro, en una protesta de todo su sér.

—¿Qué has dicho? ¡Oh! ¡no! ¡no! Sería una indignidad haber pensado en su dinero. Te seré franca; ya sabes que nunca miento; pero aún ignoro lo que he sentido; he quedado trastornada, triste, ¡ah! muy triste, creyendo que todo iba á acabar para mí... Sin duda es remordimiento, sí, remordimiento de haber abandonado brutalmente á esa desgraciada achacosa, á esa mujer tan anciana que me llamaba hija suya. He obrado mal, y debo purgar mi falta. ¡Vaya, no me lo niegues! ¡estoy convencida de que para mí todo acabó!

Y echó á llorar, sofocada por esos confusos remordimientos, por esa sensación única de que su existencia estaba malograda, y que sólo le esperaban desventuras en la vida.

—Vamos, seca tus ojos—repuso él, enternecido.—¿Es posible que tú, que nada tenías de nerviosa, te forjes quimeras y te des tan mala sangre?... ¡Qué demonio! ¡ya sabremos salirnos del atolladero! Y ante todo, ¿no sabes que te debo el descubrimiento de mi cuadro? ¿eh? ¡no has

de estar tan maldecida, cuando puedes dar ventura!

Y como se riese, movió ella la cabeza, conociendo que quería distraerla. Su cuadro era ya para ella un sufrimiento; allá, en el puente, la dejó olvidada, como si hubiese cesado de ser suya; y, desde la víspera, le sentía cada vez más despegado, más alejado de ella, en una esfera donde no podía alcanzarle. Mas se dejó consolar, y cambiaron uno de sus besos de antaño antes de levantarse de la mesa en dirección á la cama.

Santiaguito no había oído nada. En la modorra de su inmovilidad, acababa de dormirse, con la mejilla en el libro de estampas; y su gran cabeza de malogrado hijo del genio, tan pesada que á veces le doblegaba el cuello, palidecía bajo la lámpara. Cuando su madre le acostó, ni siquiera abrió los ojos.

En aquella época ocurriósele á Claudio la idea de casarse con Cristina. A la vez que cediendo á los consejos de Sandoz, quien extrañaba una irregularidad inútil, obedeció sobre todo á un sentimiento de piedad, á la necesidad de mostrarse bueno con ella y hacerse así perdonar sus culpas. Desde algún tiempo, veíala tan triste, tan inquieta del porvenir, que no sabía cómo alegrarla. El mismo iba poniendo mal carácter, recayendo en sus antiguos arrebatos, con tal brutalidad á veces, que parecía tratarla como criada á quien se da el despido con ocho días de anticipación. Indudablemente, al ser su mujer legítima, se encontraría más dueña de su casa y se resentiría menos de sus arranques. Por lo demás, ella no había vuelto á hablar de matrimonio, como despegada del mundo, y remitiéndolo todo á su discreción; mas él comprendía que la apenaba no ser admitida en casa de Sandoz: no era ya la libertad y la soledad del campo; era París, con las mil y una

malignidades de la vecindad, relaciones forzadas, todo lo que ofende á la mujer que vive con un hombre. En su fondo, él no sentía contra el matrimonio sino sus antiguas prevenciones de artista despreocupado; y pues no debía abandonarla nunca ¿por qué no darle esa satisfacción? Y, efectivamente, cuando le habló del asunto, lanzó ella un grito de gozo, abrazándose á su cuello, sorprendida de que eso la causara tanta emoción. Por espacio de una semana, sintióse feliz. Después, calmóse el gozo, largo tiempo antes de la ceremonia.

Por lo demás, Claudio no apresuró ninguna formalidad, y hubo que esperar largo tiempo los papeles necesarios. Continuaba reuniendo estudios para su cuadro, y ella, por su parte, no mostraba mayor impaciencia. ¿Ni para qué? Seguramente eso no debía aportar novedad alguna á su existencia. Habían resuelto contraer únicamente matrimonio civil, no por descocado menosprecio á la religión, sino para acabar más pronto y con más sencillez. Ya bastaría. La cuestión de testigos les apuró algo. Como ella no conocía á nadie absolutamente, indicóle él á Sandoz y Mahoudeau, y para sí, reservóse á Jory y Gagnière. La cosa quedaría así entre camaradas, y nadie se ocuparía del asunto.

Habían transcurrido semanas, y corría un diciembre, terriblemente frío. La víspera del matrimonio, aun cuando apenas disponían de treinta y cinco francos, calcularon que no podían despedir á los testigos con un simple apretón de manos; y á fin de evitarse la gran molestia en casa, resolvieron ofrecerles de almorzar en un restaurant del bulevar de Clichy, después de lo cual, cada uno se iría á su olivo.

Por la mañana, mientras Cristina cosía un cuello á un vestido de lana gris que había tenido

la coquetería de arreglar para la circunstancia. Claudio, pateando de fastidio, resolvió salir en busca de Mahoudeau, pretextando que el tal mozo era muy capaz de olvidar la cita. Desde el otoño, el escultor ocupaba, en Montmartre, un exiguo taller en la calle de Tilleuls, á consecuencia de una serie de dramas que habían trastornado su vida: primeramente, por falta de pago, una expulsión de la antigua tienda de frutera que ocupara en la calle de Cherche-Midi; después, un rompimiento definitivo con Chaîne, á quien la desesperación de no vivir de sus pinceles acababa de engolfar en una aventura comercial, especulando las ferias de las cercanías de París, regentando un juego de ruleta por cuenta de una viuda; y, por fin, una brusca escapatoria de Matilde; después de vender su tienda, un rapto tal vez, y ocultada en el fondo de un albergue discreto por algún señor apasionado. Ahora, pues, vivía solo, en un acrecentamiento de miseria, comiendo cuando había encontrado alguna ornamentación de fachada que limpiar ó alguna figura de un colega más dichoso, para darle su última mano.

—¿Oyes? voy á buscarle, valdrá más—repitió Claudio á Cristina.—Todavía disponemos de un par de horas... Si los otros llegan, diles que aguarden. Iremos juntos á la alcaldía.

Ya en la calle, apresuró Claudio el paso, entre el agudo frío que llenaba de témpanos su bigote. El taller de Mahoudeau estaba en el fondo de un pasaje, y hubo de atravesar una sucesión de jardinillos, blanqueados por la escarcha, ofreciendo una rígida desnudez de cementerio; de lejos, reconoció la puerta, por el yeso colosal de la *Vendangeuse*, el antiguo éxito del Salón, que no había podido alojarse en la angosta habitación: allí acababa de podrirse, semejante á un montón de cascajo descargado de un camión, desgastado,

lamentable, ahuecado el rostro por las gigantescas lágrimas de la lluvia. La llave estaba en la puerta; entró.

—¡Hola! ¿vienes á buscarme?—dijo Mahoudeau sorprendido.—Déjame tomar el sombrero... Pero, aguarda; estábame preguntando si encendería un poco de fuego... Me tiene con cuidado mi obra.

El agua de la cubeta estaba solidificada; helaba allí dentro lo mismo que en la calle, pues desde hacía ocho días, el escultor, sin un sueldo en el bolsillo, economizaba un exiguo resto de carbón, encendiendo la estufa sólo una hora ó dos por la mañana. Era el taller una especie de cueva trágica, junto al cual la tienda de antaño despertaba recuerdos de tibio bienestar, en tal grado las desnudas paredes y el agrietado techo echaban sobre los hombros un hielo de sudario. En los rincones, otras estatuas, menos engorrosas, barro trabajados con pasión, expuestos y vueltos allí por falta de compradores, tiritaban, de faz contra la pared, alineados en lúgubre fila de achacosos, unos ya rotos, exhibiendo muñones, todos grasientos de polvo, salpicados de arcilla; y esas miserables desnudeces iban arrastrando así años de su agonía á los ojos del artista que les había consagrado parte de su sangre, conservadas al principio con celosa pasión, á pesar de la falta de espacio, caídas luego con un horror grotesco de cosas muertas, hasta el día en que, cogiendo un martillo, las remataba por sí mismo, reduciéndolas á yeso, para desembarazar de tal espectáculo su existencia.

—¿Qué? ¿dices que aún tenemos dos horas? Pues bien; voy á encender mi estufa; será mejor.

Y mientras unía la acción á la palabra, quejábase, con acento colérico. ¡Ah! ¡qué maldito oficio la escultura! Los más ínfimos albañiles eran más dichosos. Una figura, que la Admi-

nistración compraba en tres mil francos, había costado ya dos mil, entre modelado, tierra, mármol, bronce, toda especie de gastos; y eso para quedar almacenada en alguna cueva oficial, so pretexto de que faltaba sitio: los nichos de los monumentos estaban vacíos, los zócalos aguardaban en los jardines públicos, ¡qué importa! faltaba sitio siempre. Ninguna posibilidad de trabajo para los particulares; apenas algún busto, una estatua esculpida con rebaja, para una suscripción. La más noble de las artes, la más viril ¡sí, muy cierto!; pero la que con más seguridad mataba de hambre.

—¿Sigue avanzando tu tarea?—preguntó Claudio.

—A no ser por este maldito frío, terminada estaría.—contestó.—Espera; voy á enseñártela.

Y levantóse, en cuanto hubo oído roncar la estufa. En medio del taller, sobre un asiento hecho con una caja de embalar, reforzada con travesaños, erguía una estatua fajada por paños viejos que, helados á más no poder, con una dureza de pliegues quebradizos, la dibujaban como bajo la blancura de una mortaja. Era, al fin, su antiguo ensueño, irrealizado hasta entonces, por falta de recursos: una figura en pie, la *Baigneuse*, cuyos esbozos, diez veces renovados, venían arrastrándose en sus talleres desde muchos años. En una hora de impaciente rebelión, había fabricado por sí mismo una armadura, con mangos de escoba, suprimiéndole el hierro indispensable, en la creencia de que la madera tendría suficiente solidez. De vez en cuando la sacudía para probar; aún no se había movido.

—¡Diantre!—murmuró;—un soplo de fuego le sentará bien... Se han incrustado en ella, como una coraza.

Los paños crugían bajo sus dedos, quebrándose

en frozos de hielo. Hubo de esperar á que el calor los deshelara un tanto; y con mil precauciones, la desenfajaba, primero la cabeza, después el pecho y después las caderas, venturoso al verla de nuevo incólume, sonriendo amante á su desnudez de mujer adorada.

—¿Eh? ¿qué tal?

Claudio, que sólo la había visto en esbozo, movió la cabeza, para no contestar en seguida. Decididamente, el bueno de Mahoudeau se hacía traición á sí propio, llegaba á la gracia á pesar suyo, por las bellezas que brotaban de sus gruesos dedos de antiguo picapedrero. Desde su *Vendangeuse* colosal, había ido achicando sus obras, sin sospecharlo siquiera, al parecer, siempre lanzando el vocablo feroz de temperamento, pero cediendo á la suavidad en que se anegaban sus ojos. Los pechos gigantes volvíanse infantiles, los muslos se alargaban en forma de husos elegantes; era, por fin, la naturaleza-verdad traslucéndose bajo el deshinchamiento de la ambición. Exagerada aún, la *Baigneuse* producía grata impresión, con su estremecimiento de hombros, sus dos brazos apretados realzando el seno, seno amoroso, amasado en el deseo de la mujer que su miseria exasperaba; y, forzosamente casto, había producido así una carne sensual que le trastornaba.

—¿Conque, no te gusta?—dijo, al fin, enojado.

—¡Oh! sí, sí... Creo que haces perfectamente suavizando tu factura, ya que sientes así. Y sábetete que vas á obtener éxito con eso. ¡Sí, de seguro; agradará!

Mahoudeau, á quien elogios semejantes hubieran consternado en otros tiempos, pareció encantado. Y explicó que se proponía conquistar al público, sin aflojar en sus convicciones:

—¡Ah! ¡por vida de...! me place que te guste,

pues á decirme tú que la demoliese, la demolía, de seguro. Todavía quince días de trabajo, y vendo mi piel á quien la compre, para pagar al amoldador... ¿Qué te parece? Voy á lucirme en el Salón. ¡Tal vez una medalla!

Reía, agitábase; é interrumpiéndose:

—Ya que no tenemos prisa, siéntate... Espera á que los paños se hayan deshelado completamente.

La estufa empezaba á enrojecer, desprendiendo vivo calor. Precisamente, la *Baigneuse*, colocada muy cerca, parecía revivir al tibio soplo que le subía de los jarretes á la nuca. Y los dos, sentados ahora, seguían contemplándola de frente, y hablando de ella, detallándola, deteniéndose en cada región de su cuerpo. El escultor, sobre todo, excitándose en su gozo, la acariciaba de lejos, con amoroso gesto. ¿Eh? aquel vientre de concha, aquel lindo pliegue en el talle, acusando el relieve de la cadera izquierda...

En este momento, Claudio, fijos los ojos en el vientre, creyóse juguete de una alucinación. La *Baigneuse* se movía; el vientre habíase estremecido cual leve onda, y la cadera izquierda se había tendido más aún, cual si la pierna derecha fuese á ponerse en marcha.

—Y esos planos que se deslizan hacia los riñones—continuó Mahoudeau, sin advertir nada. —¡Ah! ¡ahí me he esmerado yo! ¡Mira, querido, esa piel; un raso!

Poco á poco la estatua entera se animaba. Los riñones giraban, el seno se henchía en un gran suspiro, entre los brazos ya no apretados. Y bruscamente, la cabeza se inclinó, los muslos se doblaron, cayendo la estatua en viviente caída, con la azorada angustia, el arranque de dolor de una mujer que se precipita.

Claudio comprendía, por fin, cuando Mahoudeau lanzó un grito terrible:

—¡Rayos del cielo! ¡se rompe, se va á estrellar!

Al deshelarse, la tierra había roto la endeble trabazón de la armadura. Siguió un crugido, oyéndose la fractura de los huesos. Y él, con el mismo gesto de amor con que se enardecía acariciándola de lejos, abrió ambos brazos, á riesgo de que en su caída lo aplastara. Durante un segundo, la figura osciló y después abatióse bruscamente, de cara, cortada en los tobillos, dejando pegados sus pies en la plancha.

Claudio se había lanzado á sostenerla.

—¡Diantre! ¡te va á aplastar!

Mas, temblando de verla rematarse en el suelo, permanecía Mahoudeau con las manos extendidas. Y al caer hacia su cuello, recibíola entre brazos, oprimiendo aquella gran desnudez virgen, que se animaba como bajo el primer despertar de la carne. Penetró en ella; el seno amoroso se aplanó contra su hombro, los muslos vinieron á posarse en los suyos, mientras la cabeza, desprendida, rodaba por el suelo. Tan rudo fué el sacudimiento, que se vió arrebatado, derribado hasta la pared, y sin soltar aquel trozo de mujer, permaneció aturdido, yacente junto á ella.

—¡Voto á...!—repetía furioso Claudio, creyéndole difunto.

No sin trabajo, arrodillóse Mahoudeau, rompiendo á sollozar. En su caída, sólo se había magullado el rostro. De sus mejillas manaba sangre, mezclada en lágrimas.

—¡Maldita miseria! ¿á quién no sacaría de quicio la imposibilidad de comprar un par de varillas?... Hela aquí... ¡mírala!...

Sus sollozos aumentaban; lamentación de agonía, dolor aullante de enamorado ante el mutilado

cadáver de sus ternezas. Con manos temblorosas; palpaba los miembros espercidos á su alrededor, la cabeza, el torso, los brazos rotos; pero lo que más le apenaba era aquella garganta hundida, aquel seno aplastado, como atacado de un mal horrible, y á él volvía, sondando la herida, buscando la grieta por dónde se había escapado la vida; y sus lágrimas sangrientas, fluyendo, manchaban de rojo las lesiones.

—¡Ayúdame, hombre!—tartamudeó.—¡No podemos dejarla así!

La emoción había alcanzado á Claudio, cuyos ojos se humedecían también, en su fraternidad de artista. Apresuróse; mas el escultor, después de haber reclamado su asistencia, quería ser el único en recoger aquellos restos, cual si temiera la brutalidad de ajenas manos. Lentamente arrastrábase de rodillas, cogía los pedazos uno á uno, los acostaba, reuniéndolos sobre una plancha. En breve, volvió la figura á hallarse entera, semejante á una de esas suicidas por amor, que se estrellaron desde lo alto de un monumento, y cuyos miembros se vuelven á pegar, grotescos, lamentables, para conducirlos á la *Morgue*. El, sentado en el suelo, ante ella, no le apartaba la vista, ensimismándose en su contemplación. Pausadamente, fueron calmándose sus sollozos, y dijo, al fin, exhalando un gran suspiro:

—La haré yacente ¡qué remedio! ¡ah, mi pobre amor! ¡me había costado tanto ponerla en pie, y me parecía tan grande!

Pero, de repente, inquietóse Claudio. ¿Y su matrimonio? Fué menester que Mahoudeau se mudara la ropa. Como no tenía otra levita, hubo de contentarse con una americana. Después, cuando la figura estuvo cubierta de paños, como una muerta cobijada bajo la mortaja, partieron ambos corriendo. Roncaba la estufa; el deshielo lle-

naba de agua el taller, mientras los viejos barro polvorientos sudaban fango á chorro.

En la calle de Douai sólo estaba Santiaguito, confiado á la portera. Cristina, cansada de esperar, acababa de partir con los otros tres testigos, creyendo haber comprendido mal: tal vez Claudio le había dicho que iría directamente allá, con Mahoudeau. Y éstos emprendieron rápidamente la ruta, alcanzando á Cristina y á las camaradas en la calle Drouot, ante la alcaldía. Subieron juntos, recibiendo los pésimamente el alguacil de turno, á causa del retardo. Por lo demás, la ceremonia fué cosa de pocos minutos, en un salón absolutamente vacío. El alcalde masculaba, los contrayentes pronunciaron el sacramental «sí» con voz breve, mientras los testigos se admiraban del mal gusto de la sala. Fuera, cogió Claudio el brazo de Cristina, ¡y no hubo más!

La fresca temperatura convidaba á andar. La banda regresó tranquilamente á pie, subiendo la calle de Martyrs en dirección al restaurant del bulevar Clichy. En el saloncito reservado, almorzaron como buenos amigos; ni una palabra tocante á la pequeña formalidad que acababa de verificarse, girando totalmente la conversación sobre asuntos diversos, como en una de sus familiares reuniones de camaradas.

De esta suerte Cristina, muy conmovida en el fondo, aunque afectando indiferencia, oyó durante tres horas á su marido y á los testigos departir acaloradamente sobre el accidente de Mahoudeau. Desde que los otros supieron el lance, remachaban sus menores detalles. Sandoz encontraba el suceso asombroso, Jory y Gagnière discutían la solidez de las armaduras, aquél, sensible á la pérdida de dinero y éste demostrando, con una silla, la posibilidad de mantener la estatua. En

cuanto á Mahoudeau, trastornado aún, atacado de cierto estupor, quejábese de una derrengadura que al principio no sintiera; todos sus miembros le dolían, tenía estrujados los músculos y magullada la piel, como al salir de los brazos de una amante de piedra. Cristina le lavó el desollón de la mejilla; y parecíale que aquella estatua de mujer mutilada se sentaba á la mesa, con ellos, que era la única importante aquel día, y que sólo ella apasionaba á Claudio, cuyo relato, veinte veces repetido, dejaba traslucir su viva emoción ante aquel seno y aquellas caderas de arcilla machacados á sus pies.

Sin embargo, á los postres, hubo variación de tema. Gagnière preguntó, de improviso, á Jory:

—A propósito; anteaer te vi con Matilde... ¡Sí, sí, en la calle Dauphine!

Jory, cuya faz quedó repentinamente enrojecida, procuraba mentir; pero agitada su nariz y fruncida la boca, soltó una carcajada.

—¡Sí, un encuentro casual! ¡Palabra de honor! no sé dónde vive; os lo hubiera dicho.

—¡Cómo! ¿eres tú quien la ocultas?—exclamó Mahoudeau.—Vaya, puedes guardártela; ¡nadie te la reclama!

Lo cierto era que Jory, rompiendo con todos sus hábitos de prudencia y de avaricia, mantenía enclaustrada á Matilde en un pisito. Ella le enlazaba por su vicio, y él, que por no pagar, vivía antaño de sus pescas callejeras, iba deslizándose á vida marital con esa zorrana.

—¡Bah! ¡uno toma su gusto donde lo encuentra!—dijo Sandoz, con filosófica indulgencia.

—Verdad—respondió el otro, sencillamente, encendiendo un cigarro.

Largo rato estuvieron de sobremesa, y nochecía cuando acompañaron á su casa á Mahoudeau que quería meterse en cama. Y de regreso, Clau-

dio y Cristina, después de recoger á Santiaguito en la portería, encontraron el taller sumamente frío, anegado en oscuridad tan densa, que hubieron de andar á tientas largo rato, antes de conseguir encender la lámpara. También fué preciso poner fuego en la estufa, y daban las siete, cuando al fin pudieron respirar á sus anchas. Como no tenían apetito, comieron un resto de cocido, para incitar al chico á que engullesse la sopa; y después de acostarle, instaláronse bajo la lámpara, como las demás noches.

Sin embargo, Cristina no había tomado ninguna labor; estaba demasiado agitada para trabajar. Y allí permanecía, ociosas las manos sobre la mesa, contemplando á Claudio, quien, por su parte, se había abismado desde luego en un dibujo, un trozo de su cuadro, varios obreros del puerto Saint-Nicolás, descargando yeso. Un ensimismamiento profundo, recuerdos, penas, cruzaban en el fondo de sus vagas miradas; poco á poco, una tristeza creciente, un gran dolor mudo pareció invadirla por completo en aquella indiferencia, en aquella soledad sin límites donde caía tan cerca de él. Cierta que él estaba allí, al otro lado de la mesa; mas ¡cuán lejos lo veía, allá, frente á la punta de la Cité, más lejos aún, en lo infinito inaccesible del arte, tan lejos ya, que jamás volvería á alcanzarle! Repetidas veces había intentado anudar la conversación, sin decidirse á responder. Las horas transcurrían, amodorrándola en su inacción; al fin, acabó por sacar su porta-monedas y contar su dinero.

—¿Sabes cuánto nos queda para comenzar nuestra vida de casados?

Claudio ni siquiera alzó la cabeza.

—Tenemos nueve sueldos... ¡Ah! ¡qué miseria! El se encogió de hombros, y gruñó por fin:

—¡Ya seremos ricos, deja!

Y de nuevo reinó el silencio. Ella no intentó romperlo más, contemplando los nueve sueldos alineados sobre la mesa. Dieron las doce; y se estremeció, enferma de esperar y de frío.

—¿Nos acostamos?—murmuró.—¡No puedo más!

Estaba Claudio tan enardecido en su tarea, que no la oyó.

—¿Oyes? La estufa se apagó... Vamos á pillar una enfermedad... Acostémonos.

Esta voz suplicante le penetró, conmoviéndole con brusca exasperación:

—¡Acuéstate tú, si quieres! Ya ves que quiero acabar algo.

Por un momento, permaneció todavía allí, embargada ante tan colérica frase, llena de dolor. Después, conociendo que se hacía importuna, comprendiendo que su sola presencia de mujer desocupada le sacaba de quicio, levantóse en dirección á la cama, dejando abierta de par en par la puerta. Transcurrió otra hora; ningún ruido, ni el menor soplo salía de la alcoba; mas ella no dormía, tendida de espaldas, abiertos los ojos en la sombra; y se arriesgó tímidamente á lanzar un postrer llamamiento desde el fondo de la estancia tenebrosa.

—Te estoy esperando, queridito... Por favor, queridito, ven á acostarte.

Sólo una blasfemia estalló. Y no hubo más. Tal vez estaba amodorrada. En el taller, aumentaba el frío glacial; la lámpara carbonizada ardía con roja llama, mientras él, inclinado sobre su dibujo, no parecía notar la lenta marcha de los minutos.

Sin embargo, á las dos se puso en pie, furioso de que la lámpara se apagara, por falta de aceite. Sólo le dió tiempo de llevarla á la alcoba, para no desnudarse á tientas. Mas su descontento se

acrecentó percibiendo á Cristina, tendida de espaldas y muy abiertos los ojos.

—¡Cómo! ¿Todavía no duermes?

—No, no tengo sueño.

—¡Ah! ¡ya sé! ¡un reproche!... Más de veinte veces te tengo dicho que no gusto de que me esperen.

Y, extinguida la lámpara, tendióse junto á ella, en la oscuridad. Ella no se movió, y él bostezó dos veces, rendido de fatiga. Ambos permanecían despiertos, pero sin hablar. El, enfriado, entorpecidas las piernas, helaba las sábanas. Por fin, al cabo de reflexiones vagas, invadiéndole el sueño, exclamó sobresaltado:

—Lo sorprendente es que no se haya hecho añicos el vientre, ¡ah, qué vientre!

—¿Quién?—preguntó Cristina, azorada.

—¡La *Baigneuse*, de Mahoudeau, pardiez!

Sintió ella una sacudida nerviosa, y se volvió de lado, ocultando la cabeza en su almohada; y él, atónito al oír la estallar en llanto:

—¿Qué es eso? ¿lloras?

Ella se ahogaba, con tan fuertes sollozos, que conmovían el colchón.

—¡Vamos! ¿qué tienes? Nada te he dicho: ¡vamos, querida, vamos!

Y al hablar, iba comprendiendo la causa de tamaña pena. Sin duda, en un día como aquel, hubiera debido acostarse al mismo tiempo que ella; pero bien inocente estaba, ni siquiera había pensado en semejantes historias. Ya le conocía ella; ya sabía que se trocaba en verdadera bestia bruta, cuando se hallaba embebido en su trabajo.

—Vamos, querida; no vivimos juntos desde ayer... Sí, tú te lo habías dispuesto todo, en tu cabecita... Querías hacer de recién-casada ¿eh? Vaya, no llores más, ya sabes que no soy malo.

La tenía abrazada, y ella se abandonó. Pero

en vano se estrechaban, la pasión estaba muerta. Así lo comprendieron, al soltarse y hallarse nuevamente tendidos uno al lado de otro, extraños para en adelante, con la sensación de un obstáculo entre ellos, de un cuerpo distinto cuyo frío les había rozado ya, en ciertos días, desde el principio de su ardiente enlace. En lo sucesivo, jamás lograrían fundirse uno en otro. Había allí algo irreparable, una grieta, un vacío. La esposa disminuía á la amante; la formalidad del matrimonio parecía haber matado el amor.

IX

Claudio, no pudiendo pintar el gran cuadro en el mezquino taller de la calle Douai, resolvió alquilar en otro punto cualquier cobertizo, de espacio suficiente; y encontró lo que buscaba, vagando por el cerro de Montmartre, tocando á la calle Tourlaque, esa calle que descende á espaldas del cementerio, y desde donde se domina á Clichy, hasta los pantanos de Gennevilliers. Era un antiguo tendadero de tintorería, una barraca de quince metros de fondo por diez de anchura, cuyas tablas y enyesado dejaban circular todos los vientos del cielo. Se la alquilaban en trescientos francos. Echábase encima el verano; en pocas semanas llevaría á término su cuadro, y después daría el despido.

Además, Claudio se decidió á todos los gastos necesarios, en su fiebre de trabajo y de esperanza. Ya que la fortuna era segura, ¿á qué embarazarla con prudencias inútiles? Usando de su derecho, cercenó de mil francos el capital de su renta, y habituóse á ir sacando, sin contar. Al